
El lenguaje de las matemáticas: Un legado del maestro Adán

Flor Lissette Montiel Téllez

Doctorante en Investigación e Intervención Educativa. Docente de educación primaria en el estado de Hidalgo. florlissettemontieltellez@upnhidalgo.edu.mx

La asignatura de matemáticas es un viaje de descubrimiento y desafío para las y los estudiantes, ya que se enfrentan a nuevos conceptos y problemas que les permiten desarrollar su pensamiento crítico y analítico. Sin embargo, también puede ser una fuente de estrés y ansiedad; recuerdo que, en la secundaria, las matemáticas no eran para mí una lengua extraña. Cada ecuación parecía un acertijo diseñado para frustrarme y cada examen, una batalla perdida antes de comenzar.

En ese tiempo, esta asignatura me parecía ajena, fría, como un territorio donde el error era más visible que el intento y donde la respuesta correcta valía más que la comprensión. Pero, en medio de ese escenario, llegó a mi vida el maestro Adán Rafael Ramírez, a inicios del año 2001, cuando estudiaba en la Escuela Secundaria Técnica núm. 38.

Adán no era un docente común; tenía una manera de hablar que calmaba, una voz firme y cálida que lograba que los números bajaran del pedestal y se volvieran cercanos. Ahora comprendo que, para él, las matemáticas no era un mundo cerrado, sino un lenguaje que podría abrirse si se encontraban las puertas adecuadas, una forma de encontrar orden en el caos y belleza en lo abstracto.

Sin duda se caracterizaba por ser un hombre apasionado y dedicado, un maestro con vocación que siempre buscaba formas de hacer que su materia fuera más accesible y divertida para nosotros. Nos enseñaba con ejemplos de la vida cotidiana: medir ingredientes para una receta o experimento, calcular el cambio justo en una tienda; se detenía ante un problema y, en lugar de dar la respuesta, nos preguntaba: “¿Por qué crees que es así?” En ese gesto, aparentemente sencillo, se esconde una profunda pedagogía liberadora. Años más tarde, al leer a Paulo Freire (1970), entendí que Adán practicaba una educación

dialógica, en la que el alumno no es un recipiente vacío que debe llenarse, sino un sujeto que construye sentido junto con el maestro.

El profesor Adán nunca ridiculizó nuestros errores; al contrario, los convertía en puntos de partida. Viene a mi memoria un examen donde los nervios me invadieron de tal manera que los números y letras que conformaban los incisos de los ejercicios se convirtieron en parte de la ecuación. El docente, al estar evaluando y ver tal hecho, soltó la carcajada, me solicitó que me acercara a su escritorio para explicarme lo que había pasado; evidentemente, esperaba una calificación reprobatoria, sin embargo, me otorgó la calificación de ocho, argumentando “la originalidad” que había tenido al crear un examen nuevo, además de responder la mayor parte de éste correctamente, y me dijo: “Tú puedes, solo necesitas confiar más en ti. Las matemáticas no son difíciles, lo difícil es creer que no somos capaces de entenderlas”.

Con base en esa experiencia, considero que su aula era un espacio seguro, donde se podía fallar sin miedo, donde el error no era un castigo, sino una oportunidad de aprendizaje. Así, poco a poco, las matemáticas dejaron de ser una pesadilla para volverse un reto, una invitación a pensar con más profundidad.

Su método era dialógico; en este sentido recupero lo que argumenta Paulo Freire (1970), cuando habla de la educación como un acto de libertad, donde “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción o construcción” y eso hacía el maestro Adán: creaba las condiciones para que cada uno de nosotros pudiera construir sentido, no solo resolver ejercicios.

La forma en que nos enseñaba matemáticas también me hizo reflexionar sobre la importancia de la relación entre el docente y el estudiante. Como dice Cecilia Fierro (2011), “la relación entre el docente y el estudiante es fundamental para el aprendizaje”; esto se reflejaba en la forma en que Adán nos hacía sentir cómodos y nos motivaba a aprender.

Bajo su guía comencé a apreciar la belleza de las matemáticas. Me di cuenta de que no eran solo números y fórmulas, sino una herramienta para resolver problemas y entender el mundo que me rodeaba. Su pasión por las matemáticas era contagiosa y me inspiró a seguir adelante, incluso cuando las cosas se ponían difíciles.

Recuerdo que, a veces en los recesos, mis amigas y yo lo íbamos a visitar a su salón e incluso le compartíamos de nuestros desayunos. En ocasiones en esos espacios aprovechábamos para exponerle nuestras dudas; sin prisa, como si el tiempo no fuera una urgencia, nos explicaba una y otra vez, cambiando las palabras, dibujando e inventando ejemplos. También hablábamos de otras cosas: de sus gustos por los deportes, de su familia, de lo que le gustaba de enseñar. Esas conversaciones se volvieron un refugio; no lo sabía entonces, pero él estaba construyendo un vínculo que no era solo académico: era un vínculo de amor, de los que acompañan, incluso en el silencio.

Elsie Rockwell (2005) ha escrito sobre cómo el espacio escolar no es solamente un lugar de instrucción, sino también un lugar donde se tejen relaciones afectivas que dan forma a nuestra subjetividad. En ese sentido, el aula del maestro Adán era un lugar donde el afecto era parte del método. Conocía nuestras historias, nuestras fortalezas, nuestras luchas y, con su mirada sabia, tejía puentes entre nosotros, que nos hacía sentir que sí importábamos.

No solo me enseñó matemáticas, sino que también me enseñó la importancia de la perseverancia y la dedicación. Me mostró que, con práctica y esfuerzo, podía superar cualquier obstáculo y alcanzar mis metas. Su influencia en mi vida ha sido profunda y estoy agradecida por haber tenido la oportunidad de aprender de él.

Hoy soy maestra y escribo estas palabras con emoción y con una conciencia profunda del camino que me trajo hasta aquí. No fue sencillo, ni lineal; fue una travesía llena de dudas, de aprendizajes y también de encuentros que marcaron mi vida para siempre. Entre todos ellos, hay uno que brilla con fuerza propia: el del profesor Adán.

Quince años después, coincidimos en un evento magisterial. Le platicué de mi trayecto personal, profesional e incluso de formación, ya que estaba a punto de concluir la maestría, y le compartí mi interés por estudiar un doctorado, a lo que él no dudó en expresarme lo orgulloso que estaba por todo lo que había logrado y de ver cómo se cumplía aquella frase: “La alumna superó al maestro”.

A casi dos años de su ausencia, sigo pensando en mi maestro. Su partida fue silenciosa, pero dejó una huella profunda en quie-

nes tuvimos la fortuna de aprender con él. Su legado no se mide en cuántos alumnos aprobaron matemáticas, sino en cuántos aprendimos a pensar, a confiar y a mirar el mundo con otros ojos.

Adán no fue solo mi profesor de matemáticas en la secundaria, fue una presencia que sostuvo, que guió y que creyó, cuando muchos veían en mí a una estudiante promedio, con tropiezos en los números y silencios prolongados en clase; él vio algo más. Me vio como una persona con potencial, con inteligencia, con voz y me hizo creerlo.

Ahora que soy yo quien se para frente a un grupo, entiendo con claridad el regalo que me dejó. Al entrar al salón, llevo conmigo su voz, su ejemplo, su entrega; en cada estudiante que duda y que necesita ser visto, reconozco en ellas y ellos a aquella adolescente que alguna vez fui. Me descubro muchas veces replicando sus gestos: la paciencia, la sonrisa antes de una explicación difícil, el ánimo en las palabras de aliento, la calma cuando las cosas no salen como esperábamos. Es entonces cuando siento que el maestro Adán sigue aquí, en el aula, en mí.

Gracias a él entendí que educar es un acto de amor y que las matemáticas no son distantes, sino profundamente humanas, que detrás de cada fórmula hay una búsqueda de sentido, una pregunta sobre el universo y que un buen docente no es aquel que tiene todas las respuestas, sino el que sabe acompañarte en la búsqueda.

Finalmente me doy cuenta de que el profesor Adán no necesitó decirnos “los quiero” para que lo supiéramos. Nos lo dijo con su paciencia, con su respeto, con su fe en nosotros y, por eso, aunque ya no esté, sigue habitando en nuestros recuerdos. Porque los vínculos de amor no se rompen con la muerte: se transforman en legado.

Referencias bibliográficas

- Fierro, Cecilia. (2011). *La relación entre el docente y el estudiante*. México: Universidad Iberoamericana.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Rockwell, Elsie. (2005). *La experiencia educativa en la escuela*. México: Universidad Pedagógica Nacional.